DESIDERIUM

VÍCTOR FERNÁNDEZ CORREAS

DESIDERIUM

Carlos V e Isabel de Portugal

edhasa

Consulte nuestra página web: https//www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Calderón Studio

Mapa de Toledo (1610), a partir del creado por Cesáreo Bas Vivancos.
Cedido por el Archivo Municipal de Toledo.

Primera edición: octubre de 2026

© Víctor Fernández Correas, 2026
© de la presente edición: Edhasa, 2026
Diputación, 262, 2.º1.ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright,* bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6569-6

Impreso por Gómez Aparicio S.L

Depósito legal: B 16101-2026

Impreso en España

A Pilar, tu luz y tu sonrisa nunca se apagarán

ÍNDICE

PRÓLOGO



LIBRO PRIMERO
No hay negociación que cien años dure



LIBRO SEGUNDO
Una cuestión de dispensas



LIBRO TERCERO
El camino de San Fernando



LIBRO CUARTO
Sevilla bien vale una boda



EPÍLOGO

DRAMATIS PERSONAE

(Con asterisco, los personajes reales)

Por orden de aparición:

Pedro Dias
María Castro
María Dias (hija)
Gaspar de Sosa
Isabel de Avis (*)
Nuno de Sousa
Lucía/Mariama
Guiomar de Melo (*)
Luisa de Saboya (*)
Anne de Montmorency (*)
Charles de Poupet, señor de la Chaulx (*)
Juan de Zúñiga Avellaneda y Velasco (*)
Florimond Robertet (*)
Hélisenne Cousin
Pietro Acquaviva
Gonzalo Fernández de Córdoba (*)
Alberto Coelho
Jean de Selve (*)
Margarita de Angulema (*)
Henrique da Costa
Diego de Vargas

Tomé/Sekouba
Aldonza
Jimena
Francisco de Valois, rey de Francia (*)
Afonso Dos Santos Cerqueira
Pedro de Meneses, marqués de Vila Real (*)
Guillaume de Foix
Inesita
Andrés Crespo
Vasco de Bragança e Silva
Carlos de Habsburgo (*)
Fernando de Rojas (*)
Mercurino de Gattinara (*)
Manolillo
Madalena de Sousa
Giovanni Salviati, cardenal y nuncio de su santidad Clemente VII (*)
Alonso de Fonseca, arzobispo de Toledo (*)

RUTA DE LOS ESPONSALES DE CARLOS V E ISABEL DE PORTUGAL

Almeirim - Toledo - Sevilla - Granada



PRÓLOGO

Lisboa. Tarde del 20 de abril de 1506

El aire olía a humo.

Y a miedo.

Bajo el suelo de la casa, en las cercanías del Rossio, Pedro Dias contenía la respiración por instinto. La madera crujía sobre su cabeza. Escuchó un paso, luego otro. A su lado, María Castro, la esposa, abrazaba a los niños. El más pequeño sollozaba contra su pecho; el mayor, los ojos abiertos como monedas, se aferraba al brazo de su padre. La niña contenía la respiración.

–¿Vamos a morir? –susurró el mayor.

Pedro Dias no respondió. Le apretó la mano con tanta fuerza que al niño le dolió. Y, sin embargo, no se quejó.

Lo siguiente fue un golpe seco. Después llegó un grito atávico desde la garganta de un hombre barbudo, de rostro holliniento y un solo ojo.

–¡Muerte a los judíos!

Pedro Días lo era. Contuvo el aliento y recordó las palabras del salmo 22:

> ¿Por qué me has abandonado?
> ¿Por qué estás lejos
> de mi clamor y mis gemidos?

Otro golpe en la madera, como un trueno. Los niños se estremecieron, y los brazos de su madre se cerraron sobre ellos.

–¡No pueden haber escapado! ¡Buscad bien! –vociferó el hombre.

Un nuevo golpe abrió una grieta en el techo que, sobre sus cabezas, hacía las veces de trampilla, y por ella se filtró el resplandor de una tea. Pedro Días sintió el calor del fuego antes de verlo.

La ciudad ardía desde el día anterior. Y hedía a muerte.

–¡Aquí están! –gritó una voz distinta.

Al momento, se levantó la trampilla y la luz cegó a la familia. Un brazo tironeó del pelo al padre y lo arrastró fuera.

–¡Piedad! –suplicó–. ¡Por el amor de Dios!

La respuesta fue un golpe. Luego vino otro, también un tercero.

–¡El amor de Dios no es para los judíos! –gruñó el tuerto, que le escupió a la cara.

Dos mujeres arrastraron a su esposa e hijos hacia la calle.

–¡No! ¡Por favor! ¡A ellos no!

La voz de Pedro Dias se perdió entre los gritos de la multitud.

–¡A la hoguera con todos! –tronó alguien, y la muchedumbre rugió de aprobación.

El fuego crepitaba en el centro del Rossio. Hombres, mujeres y niños se apiñaban para ver cómo los cuerpos de los capturados caían sobre las brasas y los cadáveres ya quemados. Pedro Dias fue empujado a la explanada. Tropezó y cayó de rodillas. Su esposa, de pie, sujetaba a los pequeños. El humo se mezclaba con el viento, y el olor a carne quemada le reventaba los pulmones.

–¡Éste es para mí! ¡Los demás, a la hoguera! –ordenó el tuerto, blandiendo una horca sobre Pedro Dias, que yacía en el suelo–. ¡Vas a pagar por todas vuestras afrentas!

La horca descendió una, dos, tres veces. Lo detuvieron antes de una cuarta.

–¡Déjalo! –lo conminó alguien–. ¡Ya está muerto!

Soltó el mango, jadeando.

–¡Ahora, su familia! –Miró a todos con un odio infinito.

La niña, que también se llamaba María, no gritó cuando arrastraron a su madre, tampoco cuando tomaron a su hermano mayor del pelo, ni siquiera cuando la acercaron al fuego. Lo hizo cuando el calor le quemó la piel y comprendió que nadie iba a salvarlos. De repente, las manos que la sujetaban se aflojaron. Le bastó un instante para soltarse y correr. No sabía hacia dónde, tampoco le importaba. A su espalda, la multitud rugía.

–¡Que no escape!

El suelo estaba cubierto de ceniza y el aire apestaba a humo. Corría, ya sin aliento, cuando una mano la agarró del cuello. De pronto, la oscuridad la envolvió por completo, oculta tras una capa.

–Ni un resuello si quieres conservar el pellejo –le susurró una voz.

María dejó de moverse. El corazón le golpeaba el pecho con tal fuerza que temía que la descubrieran. La mano no se apartaba de su cuello.

–Mira.

El extraño la obligó a apartar la capa, volver la cabeza y mirar la hoguera. Allí ardían los cuerpos de su madre y de sus hermanos.

–Di adiós a los tuyos y a Lisboa. Vas a emprender un viaje muy largo.

María no respondió. Nada podía decir en ese instante. Lo único que sabía es que había sobrevivido.

Aún no se podía imaginar que, con el tiempo, desearía no haberlo hecho.

LIBRO PRIMERO



NO HAY NEGOCIACIÓN QUE CIEN AÑOS DURE

«Todo hombre sabio ama
a la esposa que ha elegido»,

Homero

1

Tomar, Portugal. Noche del 13 de mayo de 1525

Tres jinetes embozados bajan la colina del convento guiados por la luz de la luna llena. Al frente cabalga Isabel de Avis, la futura emperatriz consorte del Sacro Imperio Romano Germánico, seguida por dos hombres de su confianza.

–Tened mi montura presta, y las vuestras. Llegado el momento, partiremos al instante –les había ordenado antes de que anocheciera–. Sed discretos y esperad.

Los cascos retumban en la piedra del Puente Viejo y en la plaza de San Juan. Los guía la luna, que tiñe todo de una luz azulada. El canto de un mochuelo, penetrante y quejumbroso, acompaña el rumor del cercano río. Isabel dirige su montura hacia la rua Direita da Várzea Grande, que cruza el corazón de la villa dormida. Los acompañantes azuzan el paso para seguir su estela. La calle es ancha, el suelo está aún embarrado en algunas zonas por culpa de las recientes lluvias. Al llegar a un punto, tira de las riendas y el caballo se detiene. Desciende con premura. Nuno de Sousa, uno de los soldados, la sigue con la mano en la empuñadura de la espada. El otro se queda con los caballos. Frente a una casa modesta, Isabel levanta la vista y da tres golpes discretos en la puerta. Nuno aguarda, tenso. Si algo ocurriera, su cabeza rodaría al ama-

necer. Hasta allí, desde una ventana abierta, llega una voz dulce entonando un lamento:

Senhora, partem tão tristes
meus olhos por vós, meu bem…

La puerta se abre. Una mujer aparece, el cabello suelto, el rostro aún adormecido. Isabel se descubre, y el reconocimiento ilumina la sorpresa de la otra.

–Necesito ver a María –dice con firmeza.

La mujer se aparta y hace una reverencia.

Nuno suspira y clava la vista en la luna. Isabel ya ha entrado. Tiene razones para escoltarla que van más allá de su obligación. Algo que nunca confesará a nadie.

«¿Por qué siempre María?», se pregunta. «¿Qué tratos tenéis con ella, Isabel?».

En esa misma casa, un rato después

El fuego de un brasero se consume en silencio. Lucía, la mujer que había abierto la puerta a la todavía infanta Isabel de Portugal, observa a María Dias, ahora sentada en una silla baja de madera con el rostro sereno. Entre sus manos, la carta que un momento antes ardía en las de Isabel. «Esa cabecita…», cavila, y acto seguido posa la mirada en el entramado de madera del techo. «Sekouba, ya sabes cómo es, ¿verdad?», dice para sí, bajando de nuevo la mirada para centrarla en el rostro pensativo de la infanta. Para su sorpresa, ésta vuelve en sí de manera repentina.

–¿La tienes que entregar ahora, *dindinmaa*?* –se decide a preguntar.

* Pequeña, en lengua mandinga.

–Es menester. De no ser por la infanta, nuestros días hubieran acabado en Lisboa. –La mirada de María refulge.

Lucía sabe que nada podrá detenerla. María se levanta y la besa en la frente.

–No haré cosa que antes no haya hecho –habla con voz tranquila y una determinación de acero–. Para tal servicio me ha traído aquí. A ella le debemos la vida que gozamos ahora.

Lucía asiente, resignada. Tampoco puede olvidar lo ocurrido aquella tarde de verano en Lisboa.

2

Lisboa. Tarde del 23 de abril de 1506

Tres días después, María Dias volvía a ver la luz del sol. Su residencia en ese tiempo había sido un sótano oscuro, sin más abrigo que una manta raída y un mendrugo diario bañado en vino por alimento. Conforme pasaron los días, Lisboa dejó de llorar y los gritos se apagaron. La calma trajo consigo un silencio colmado de dolor.

Apenas con siete años, se sabía sola en el mundo, sin el calor de su familia ni su amparo. ¿Qué futuro le esperaba? Se lo llevaba preguntando desde que el extraño que la había salvado de morir en la hoguera la dejó allí encerrada. ¿Quién era ese hombre? ¿Qué quería de ella? Más y más preguntas. Y tanto tiempo para pensar… Hasta que la trampilla se abrió y pudo ver la luz de nuevo.

–Ven.

La tomó de una mano para llevarla hasta un pequeño balcón abierto al Terreiro do Paço. El desconsuelo la inundó cuando pudo abrir los ojos hecha a la luz: varias pilas de cadáveres todavía humeaban, y destilaba de ellas un olor a fuego y a muerte que le hizo vomitar lo poco que llevaba en el estómago. ¿Dónde estaba la ciudad que conocía, tan bella y reluciente? No podía ser la que misma que tenía ante sus ojos, envuelta en una neblina de olor nauseabundo. Había

quietud en el río, apenas un par de naves con las velas arriadas, y nada de actividad en el puerto.

–Mucho tiempo hará falta para que estas penas se olviden. Por los santos Evangelios, que los tuyos nunca olvidarán esto.

Desde el balcón, vieron entonces a gente acercarse a una de las pilas de cadáveres y, de repente, se desató una pelea.

–Qué presa de valor habrán encontrado… Quizás un anillo de oro o tal vez una cadena de las que relucen –dijo el tipo con desdén–. Parecen buitres sobre la carroña…

Hombres, mujeres e incluso niños se disputaban restos, objetos, todo aquello que resultara útil y que el fuego no hubiera consumido. Y el olor. Pasarían los años y nunca sería capaz de olvidarlo. María levantó la mirada y le vio la cara por primera vez.

Se estremeció.

Quizá fueran sus ojos, tan duros como penetrantes, o su rostro serio y adusto. Su madre le decía que había desarrollado la habilidad de conocer a las personas con sólo mirarlas. Y el que tenía delante era de esos hombres nacidos para representar en el mundo su particular visión del infierno.

–¿Quién eres? –se atrevió a preguntar con voz temerosa.

–Me has de agradecer no haber acabado ahí. –Apuntó con el mentón a los restos de la hoguera–. Cada vez que salga el sol, hasta que te lleven a enterrar. –Entonces, le dedicó una mirada intimidante. Tan intensa que a María le faltó el aire–. Y más te vale cumplirlo –remató el tipo con frialdad.

–¿Qué ha pasado? No entiendo nada… –La niña comenzó a sollozar.

El hombre rio sin apartar la vista de la pelea desatada junto a la pila de cadáveres:

–El día anterior a que tu padre os ocultara bajo la trampilla, toda Lisboa hablaba de un prodigio en la iglesia de Santo Domingo. Decían que los judíos –volvió la cabeza para

mirarla; María casi se orinó encima– eran culpables de las malas cosechas y de la peste que estaba sufriendo la ciudad y había hecho huir a la familia real. Y decían más –hizo una pausa, centrado de nuevo en el espectáculo junto a la pila–: una luz había descendido sobre el crucifijo.

–¿Mataron a los míos sólo por ser judíos?

–Tu padre era un comerciante –soltó con desprecio–, y había prosperado gracias a su cercanía con el recaudador de impuestos del rey. ¡Que un rayo los parta a los dos! –Escupió al suelo con rabia. La pelea seguía. Alguien había descubierto algo de valor–. Al ver la luz, se desató mucha algarabía entre la gente hasta que, un cristiano nuevo, como todos juraban, murmuró que no era milagro alguno, sino la claridad de una lámpara encendida. La multitud enfurecida lo echó fuera del templo a golpes, y allí, a los pies de la iglesia, lo mataron y quemaron en una hoguera hecha a toda prisa. Lo que aconteció después ya lo sabes.

–¿Qué buscas de mí?

La carcajada del hombre la descompuso. Apestaba a maldad. No una maldad cualquiera, sino la que es producto de un proceso lento hasta alcanzar su perfección.

–Ya tendremos lugar para que te lo cuente todo.

–¿Por qué me pediste que diese el último adiós a Lisboa? Aún no la hemos abandonado.

–¡Punto en boca! –respondió, violento, para sorpresa de María–. ¡A tu cubil de vuelta! ¡Ya has oreado bastante tu miseria por esta jornada!

–Pero ¿en qué te he ofendido? –lloriqueó–. ¿Qué pretendes de mí?

La llevó a rastras hasta el sótano. Con el cierre de la trampilla regresaron la oscuridad y un silencio que pareció eterno.

Nada sería lo mismo cuando la trampilla volviera a abrirse para no cerrarse nunca más sobre su cabeza.

3

Convento de Cristo, Tomar, Portugal. Aposento privado de la infanta Isabel de Portugal. Mediodía del 14 de mayo de 1525

Sentada en una jamuga, Isabel tañe una vihuela, pero las notas son frías, sin alma. A ratos alza la mirada buscando ese punto donde parecen agolparse las preguntas sin respuesta. Ricos tapices con escenas religiosas cubren las paredes y el aire huele a madera encerada. En el suelo, alfombras orientales y esteras portuguesas, sus preferidas, amortiguan el sonido de la música.

Canta apenas, con un hilo de voz:

> Más quiero vivir segura
> nesta sierra a mi soltura
> que no estar en ventura
> si casaré bien o no…

Los golpes en la puerta quiebran la cadencia.

–Pasad.

Entra Guiomar de Melo, su camarera mayor, con esa sonrisa que da calor a la estancia como si fuera una brasa encendida. Fuera, se quedan varias damas de compañía, a la espera de ser requeridas. Mediana edad, cerca de cinco arro-

bas* de bondad e infinitas de cariño hacia la infanta de Portugal, viste saya bordada de color negro con escote cuadrado y mangas con bullones. Escucha un instante a Isabel, y sin pedir licencia se une al canto desafinando, pero con entusiasmo. La infanta sonríe con tibieza.

–Dicen que Dios reparte los dones con justicia –murmura–. A vos os dio vista…, pero no oído.

–Y a vuestra alteza, demasiada imprudencia –replica Guiomar, que la mira con determinación.

–Compruebo que ya ha llegado a vuestro conocimiento… –Isabel tuerce el gesto.

–Por suerte, su majestad, vuestro hermano Juan todavía desconoce dónde estuvo anoche su alteza real.

Isabel deja la vihuela a un lado y se frota las manos antes de levantarse. Camina por la habitación, lenta. Viste una saya de lana sin adorno alguno y unos zapatos de cuero.

–Sólo quiero saber en qué punto de la jornada nos hallamos.

–Todo llega, alteza. Tened por cierto que vuestro enlace con el césar de las Españas se halla ya firmado en los cielos y decretado en la tierra.

La infanta se detiene en seco.

–Pues eso no es lo que me cuentan. –Se encara con Guiomar–. Mi hermano porfía en la dote, Castilla mide lo que debe y lo que recibe como si se tratara de plomo, y, entretanto, el emperador –hace una pausa, necesita calma. Niega con la cabeza en silencio– se deja ver con el anillo de Inglaterra como si el mundo no lo mirara. ¡Y luego el laberinto francés de por medio…! –estalla.

Guiomar la deja desahogarse.

–Se dicen también otras cosas –responde al fin, suave.

–Quiero saberlas.

* Cinco arrobas portuguesas equivalían a unos setenta kilos, aproximadamente.

–Que vuestro retrato no se aparta de su cuidado. Lo guarda donde acude a pensar… –la sonrisa de Guiomar se ensancha– y a confirmar lo que ya ha decidido.

Isabel sostiene su mirada un instante.

–¿Y eso os tranquiliza?

–A mí sí.

–A mí no me basta –replica, con un leve temblor en la voz–. ¿Qué valor tienen los afectos si las coronas aún no han cerrado el trato? ¿Qué soy yo allí, Guiomar? ¿Promesa, moneda? ¿Qué soy?

–Elección –tercia la otra, rotunda–. La mayor de todas. Y recita:

O céu é sua companha,
e julgou Júpiter juiz
que fosseis imperatriz
de Castela e Alemanha.

Gil Vicente siempre les templa el ánimo.

Isabel baja la cabeza.

–*Imperatriz…*

La palabra le pesa como una corona antes de tiempo. Sueña con el emperador, lo ha visto en un retrato. Demasiado joven, quizás arrogante. Pero lo que la desvela no es su rostro, sino el futuro que le espera. En cambio, ella… A sus veintidós años, se sabe hermosa, porque todos lo dicen. Acepta y agacha la cabeza a la espera del destino que Dios le tiene deparado. Decide tomar asiento, recoge la vihuela y tañe las cuerdas con un leve destello de ironía:

Dicen que me case yo,
sí quiero marido…

Guiomar ríe al escuchar la alteración en la letra, a propósito, de la cantiga.

Tu madre en su testamento,
no te miento,
manda que cases, que es bueno…

El nombre de su madre, María, cae como un susurro en el aire. Isabel calla. «Madre…, qué diríais de todo esto?», piensa.

–Como veo a vuestra alteza preocupada en exceso por las negociaciones, os confesaré que la reina Leonor, vuestra madrastra, en calidad del cariño que os profesa, ha decidido haceros un regalo.

–¿De qué se trata? –pregunta Isabel, frunciendo el entrecejo.

–Sólo diré que es un cantante al que vuestra alteza ansía conocer desde hace ya tiempo.

–¿Es por ventura…? – La faz de la infanta se ilumina.

Tres golpes en la puerta impiden que concluya la frase.

–Traigo nuevas para su alteza real –anuncia María Dias.

4

Tomar, Portugal. Esa misma tarde

Charles de Poupet, señor de la Chaulx y chambelán del emperador Carlos V, apoya las manos en la piedra tibia del Puente Viejo. Cierra los ojos un instante.

«El silencio es esto», piensa, agradeciendo el que disfruta ahora.

Son días de voces, de cifras, de fórmulas que se repiten. El murmullo del río Nabão, siempre el mismo, pero con distinta agua, es música a sus oídos. Incluso las campanas de la cercana iglesia de San Juan Bautista le parecen un himno de descanso. A sus casi sesenta años, ha aprendido a callar más de lo que dice. Está en Tomar desde hace más de un mes, enviado por el emperador, para negociar el matrimonio con la infanta Isabel de Portugal.

–Todo ha quedado atrás…, por ahora –murmura.

A su espalda, una voz conocida responde:

–Bien sabía mi alma que os hallaría aquí.

Poupet no se vuelve de inmediato. Cuando lo hace, muestra una sonrisa lánguida.

–Buscaba un poco de silencio –responde con voz grave en un español que suena muy afrancesado–. ¿Sabéis lo que decía san Agustín de él?

–¿Qué es haber silencio en alguna parte sino no haber allí sonido? –replica Zúñiga, divertido.

–Con eso me basta.

Juan de Zúñiga Avellaneda y Velasco se coloca a su lado y mira el río. Permanece unos momentos en silencio. Es su compañero en una misión que promete ser larga.

–«Nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar, que es el morir…» –recita de repente.

Poupet frunce el ceño, curioso.

–¿Quién es el dueño de esas maravillosas palabras?

–Son de Jorge Manrique, de los de Lara, que en gloria esté. Fue caballero de los de espada en mano y copla en boca –explica Zúñiga, aún mirando la corriente del río–. Murió sirviendo a la reina Isabel, abuela de su sacra majestad Carlos, cuando anduvo en pleitos con aquella doña Juana que decían hija del cuarto Enrique.

–Triste suerte. –Poupet chasca la lengua.

El silencio regresa entre ambos, apenas roto por el rumor del agua. Posan la mirada a la vez en las almenas del castillo templario, erigido sobre una colina. Dentro de sus muros está el convento de Cristo, donde se aloja la corte portuguesa desde que llegó de Évora. Por lo que saben, permanecerá en Tomar una larga temporada, toda vez que la peste ha reducido a Lisboa en una ciudad cuasi fantasmal.

–Decidme –retoma Zúñiga, sin levantar la vista de la colina–, ¿cuánto más ha de durar este juego?

–Días, semanas…, tal vez meses. Todo depende de cuánto cueste poner precio al amor imperial.

–Dineros, querréis decir.

–Llamadlo como gustéis –corrige el chambelán–. Pero no hay cuenta que cuadre.

Zúñiga gira ligeramente la cabeza hacia él. En su caso, el emperador lo envió a Portugal el año anterior como embajador para que lo informara de los movimientos de los comuneros allí escondidos, entre otras cosas.

–Siempre la hay, mi querido Poupet.

El aludido lo observa con paciencia. Quizá demasiada.

–No en ésta.

–Entonces erráis en el cálculo.

–¿Ah, sí? ¿Podríais ilustrarme? –responde sin perder la calma.

Zúñiga señala con el mentón hacia la colina.

–Portugal pide alto porque sabe que se le necesita. ¿Haríais lo contrario en su caso?

–Nosotros no podemos dar más –corta Poupet–. Su sacra majestad ansía la corona imperial y la paz en Italia, pero ambas cuestan un oro que no poseemos.

–¿Acaso es eso más importante que el heredero que ansía Castilla? –replica Zúñiga, serio–. Eso vale tanto como una guerra abierta.

Poupet niega con suavidad. Repara entonces en la cruz roja de Santiago que luce el embajador en el oscuro jubón, a la altura del corazón. Deja escapar un suspiro.

–Ellos piden el cielo y nosotros damos la tierra –responde–. Y aun así no hallamos asiento en la dote.

–Porque no se negocia la dote, sino el tiempo –refuta Zúñiga sin alzar la voz.

–¿El tiempo? –A Poupet se le escapa una risa seca.

–El del emperador… –Zúñiga hace una pausa intencionada– y el del rey de Portugal. Ambos saben que el otro no puede esperar. El emperador necesita fondos para pacificar Italia y su coronación por el Papa. Y el rey Juan sabe que habrá de convocar Cortes aquí, en Tomar, para imponer nuevos tributos.

Poupet deja escapar el aire.

–Os aferráis a una esperanza peligrosa.

–Me aferro a lo único que mueve a los príncipes.

–La necesidad –concede el francés, solícito.

–Vos lo habéis dicho.

Un soplo de viento agita sus ropas. Poupet viste calzas con muslos de raso, zapatos blancos picados y jubón blanco, so-